

Sergio Vodanović

# VIÑA

3 comedias en traje de baño

El delantal blanco

La gente como nosotros

Las exiladas

Estrenada por el Teatro  
El Callejón en junio  
1964

EL DELANTAL BLANCO

La playa. Al fondo, una carpa. Sentadas frente a ella, la Señora y la Empleada. La Señora lleva, sobre el traje de baño, un blusón de toalla. Su tez está tostada por un largo veraneo. La Empleada viste su delantal blanco.

LA SEÑORA. (GRITANDO HACIA SU PEQUEÑO HIJO QUE SE SUPONE ESTA A LA ORILLA DEL MAR) ¡Alvarito! ¡Alvarito! ¡No le tire arena a la niñita! ¡Métase al agua! ¡Está rica...! ¡Alvarito, no! ¡No le des-haga el castillo a la niñita! Juegue con ella... Sí, mi hijito... juegue...

LA EMPLEADA. Es tan peleador...

LA SEÑORA. Salió al padre... Es inútil corregirlo. Tiene una personalidad dominante que le viene de su padre, de su abuelo, de su abuela... ¡Sobretudo de su abuela!

LA EMPLEADA. ¿Vendrá el caballero mañana?

LA SEÑORA. (SE ENCOGE DE HOMBROS CON DESGANO) No sé. Ya estamos en marzo, todas mis amigas han regresado y Alvaro me tiene todavía aburriéndome en la playa. El dice que quiere que el niño aproveche las vacaciones, pero para mí que es él quien está aprovechando. (SE SACA EL BLUSON Y SE TIENDE A TOMAR SOL) ¡Sol! ¡Sol! Tres meses tomando sol. Estoy intoxicada de sol. (MIRANDO INSPECTIVAMENTE A LA EMPLEADA) ¿Que haces tú para no quemarte?

LA EMPLEADA. He salido tan poco de la casa...

LA SEÑORA. ¿Y qué querías? Viniste a trabajar, no a veranear. Estás recibiendo sueldo. ¿No?

LA EMPLEADA. Sí, señora. Yo sólo contestaba su pregunta.

(LA SEÑORA PERMANECE TENDIDA RECIBIENDO EL SOL. LA EMPLEADA SACCA DE UNA BOLSA DE GENERO UNA REVISTA DE HISTORIETAS FOTOGRAFADAS Y PRINCIPIA A LEER)

LA SEÑORA. ¿Qué haces?

LA EMPLEADA. Leo esta revista.

LA SEÑORA. ¿La compraste tú?

LA EMPLEADA. Sí, señora.

LA SEÑORA. No se te paga tan mal, entonces, si puedes comprarte tus revistas, eh?

(LA EMPLEADA NO CONTESTA Y VUELVE A MIRAR LA REVISTA)

LA SEÑORA. ¡Claro! Tú leyendo y que Alvarito reviente, que se ahogue...

LA EMPLEADA. Pero si está jugando con la niña...

LA SEÑORA. Si te traje a la playa es para que vigilaras a Alvarito y no para que te pusieras a leer.

(LA EMPLEADA SE INCORPORA PARA IR DONDE ESTA ALVARITO)

LA SEÑORA. ¡No! Lo puedes vigilar desde aquí. Quédate a mi lado, pero observa al niño. ¿Sabes? Me gusta venir contigo a la playa.

LA EMPLEADA. ¿Por qué?

LA SEÑORA. Bueno... no sé... Será por lo mismo que me gusta venir en el auto, aunque la casa esté a dos cuadras. Me gusta que vean el auto. Todos los días, hay alguien que se detiene para mirarlo y comentarlo... Claro, tú no te das cuenta de la diferencia. Estás acostumbrada a lo bueno... Dime... ¿Cómo es tu casa?

LA EMPLEADA. Yo no tengo casa.

LA SEÑORA. No habrás nacido empleada, supongo. Tienes que haberte criado en alguna parte. debes haber tenido padres... ¿Eres del campo?

LA EMPLEADA. Sí.

LA SEÑORA. ¿Y tuviste ganas de conocer la ciudad, ah?

LA EMPLEADA. No. Me gustaba allá.

LA SEÑORA. ¿Por qué te viniste, entonces?

LA EMPLEADA. Al papá no le alcanzaba...

LA SEÑORA. No me vengas con ese cuento. Conozco la vida de los inquilinos en el campo. Lo pasan bien. Les regalan una cuadra para que la cultiven, tienen alimentos gratis y hasta les sobra para vender. Algunos tienen hasta sus vaquitas... ¿Tu padre tenía vacas?

LA EMPLEADA. Sí, señora. Una.

LA SEÑORA. ¿Ves? ¿Qué más quieren? ¡Alvarito! No se meta tan allá que puede venir una ola. ¿Qué edad tienes?

LA EMPLEADA. ¿Yo?

LA SEÑORA. A ti te estoy hablando. No estoy loca para hablar sola.

LA EMPLEADA. Ando en los veintiuno...

LA SEÑORA. ¡Veintiuno! A los veintiuno yo me casé. ¿No has pensado en casarte?

(LA EMPLEADA BAJA LA VISTA Y NO CONTESTA)

¡Las cosas que se me ocurren preguntar! ¿Para qué querrías casarte? En la casa tienes de todo: comida, una buena pieza, delantales limpios... y si te casaras... ¿Qué es lo que tendrías? Te llenarías de chiquillos, no más.

LA EMPLEADA. (COMO PARA SI) Me gustaría casarme...

LA SEÑORA. ¡Tonterías! Cosas que se te ocurren por leer historias de amor en revistas baratas... Acuérdate de esto: Los príncipes azules ya no existen. No es el color lo que importa, sino el bolsillo. Cuando mis padres no me aceptaban un pololito porque no tenía plata, yo me indignaba, pero llegó Alvaro con sus industrias y sus fondos y no quedaron contentos hasta que lo casaron conmigo. A mí no me gustaba porque era gordo y tenía la costumbre de sorberse los mocos, pero, después, en el matrimonio, una se acostumbra a todo. Y se llega a la conclusión de que todo da lo mismo, salvo la plata. Yo tengo plata, tú no tienes. Esa es toda la diferencia entre nosotras. ¿No te parece?

LA EMPLEADA. Sí, pero...

LA SEÑORA. ¡Ah! ¿Lo crees? Pero es mentira. Hay algo que <sup>es</sup> más importante que la plata: la clase. Eso no se compra. Se tiene o no se tiene. Alvaro no tiene clase. Yo, sí la tengo. Podría vivir en una pocilga y todos se darían cuenta de que soy alguien. No una cualquiera. Alguien.

LA EMPLEADA. Sí, señora.

LA SEÑORA. A ver... Pásame esta revista.

(LA EMPLEADA LO HACE. LA SEÑORA LA HOJEA. MIRA ALGO Y SE RIE ABIERTAMENTE)

¿Y esto lees, tú?

LA EMPLEADA. Me entretengo, señora.

LA SEÑORA. ¡Qué ridículo! ¡Qué ridículo! Mira a este roto vestido de smoking. Cualquiera se da cuenta que está tan incómodo en él como un hipopótamo con faja. (VUELVE A MIRAR EN LA REVISTA) ¡Y es el Conde Lamarquina! ¡El Conde Lamarquina! A ver... ¿Qué es lo que dice el Conde? (LEYENDO) "Hija mía, no permitiré jamás que te cases con Roberto. El es un plebeyo. Recuerda que por nuestras venas corre sangre azul." ¿Y ésta es la hija del Conde?

LA EMPLEADA. Sí. Se llama María. Es una niña sencilla y buena. Está enamorada de Roberto que es el jardinero del castillo. El Conde no lo permite. Pero... ¿sabe? Yo creo que todo va terminar bien. Porque en el número anterior, Roberto le dijo a María que no había conocido a sus padres y cuando no se conoce a los padres, es seguro que ellos son gente rica y aristocrática que perdieron al niño cuando chico o lo secuestraron...

LA SEÑORA. ¿Y tú crees todo eso?

LA EMPLEADA. Es bonito, señora.

LA SEÑORA. ¿Qué es tan bonito?

LA EMPLEADA. Que lleguen a pasar cosas así. Que un día cualquiera, uno sepa que es otra persona, que en vez de ser pobre, se es rica; que en vez de ser nadie, se es alguien...

LA SEÑORA. ¿Pero no te das cuenta que no puede ser... Mira a la hija... ¿Me has visto a mí usando, alguna vez, unos aros así? ¿Has visto a algunas de mis amigas con una cosa tan espantosa? ¿Y el peinado? Es detestable. ¿No te das cuenta que una mujer así no puede ser aristócrata? A ver... ¿Sale fotografiado aquí el jardinero?

LA EMPLEADA. Sí. En los cuadros finales.

(LE MUESTRA EN LA REVISTA. LA SEÑORA RIE DIVERTIDA)

LA SEÑORA. ¿Y éste crees tú que puede ser el hijo de un aristócrata? ¿Con esa nariz? ¿Con ese pelo? Mira... Imagínate que mañana me raptan a Alvarito. ¿Crees tú que, por eso, va dejar su aire de distinción?

LA EMPLEADA. ¡Mire, señora! Alvarito le botó el castillo de arena a la niña de una patada.

LA SEÑORA. ¿Ves? Tiene cuatro años y ya sabe lo que es mandar, lo que es no importarle los demás. Eso no se aprende. Viene en la sangre.

LA EMPLEADA. (INCORPORÁNDOSE) Voy a ir a buscarlo.

LA SEÑORA. Déjalo. Se está divirtiendo.

(LA EMPLEADA SE DESABROCHA EL PRIMER BOTON DE SU DELANTAL Y HACE UN GESTO EN EL QUE MUESTRA ESTAR ACALORADA)

LA SEÑORA. ¿Tienes calor?

LA EMPLEADA. El sol está picando fuerte.

LA SEÑORA. ¿No tienes traje de baño?

LA EMPLEADA. No.

LA SEÑORA. ¿No te has puesto nunca traje de baño?

LA EMPLEADA. ¡Ah, sí!

LA SEÑORA. ¿Cuándo?

LA EMPLEADA. Antes de emplearme. A veces, los domingos, hacíamos excursiones a la playa en el camión del tío de una amiga.

LA SEÑORA. ¿Y se bañaban?

LA EMPLEADA. En la playa grande de Cartagena. Arrendábamos trajes de baño y pasábamos todo el día en la playa. Llevábamos de comer y ...

LA SEÑORA. (DIVERTIDA) ¿Arrendaban trajes de baño?

LA EMPLEADA. Sí. Hay una señora que arrienda en la misma playa.

LA SEÑORA. Una vez nos detuvimos con Alvaro en Cartagena a echar gasolina al auto y miramos a la playa. ¡Era tan gracioso! ¡Y esos trajes de baño arrendados! Unos eran tan grandes que hacían bolsas por todos los lados y otros quedaban tan chicos que las mujeres andaban con medio traste afuera. ¿De cuáles arrendabas tú? ¿De los grandes o de los chicos? (LA EMPLEADA MIRA AL SUELO TAIMADA). Debe ser curioso... Mirar el mundo desde un traje de baño arrendado o envuelta en un vestido barato o con un uniforme de empleada, como tú. Algo parecido les debe pasar a esa gente que se fotografía para estas historietas: se ponen un smoking o un traje de baile y debe ser diferente la forma como se sienten ellos mismos, como miran a los demás... Cuando yo me puse mi primer par de medias, el mundo entero cambió para mí. Los demás eran diferentes, yo era diferente y el único cambio efectivo era que tenía puesto un par de medias. Dime...¿Cómo se ve el mundo cuando se está vestida con un delantal blanco?

LA EMPLEADA. (TIMIDAMENTE) Igual... la arena tiene el mismo color... las nubes son iguales... Supongo...

LA SEÑORA. Pero no... Es diferente. Mira. Yo, con este traje de baño, con este blusón de toalla, tendida sobre la arena, sé que estoy en "mi lugar", que esto me pertenece. En cambio, tú, vestida como empleada, sabes que la playa no es tu lugar, y eso te debe hacer ver todo distinto.

LA EMPLEADA. No sé.

LA SEÑORA. Mira. Se me ha ocurrido algo. Préstame tu delantal.

LA EMPLEADA. ¿Cómo?

LA SEÑORA. Préstame tu delantal.

LA EMPLEADA. Pero... ¿Para qué?

LA SEÑORA. Quiero saber cómo se ve el mundo, qué apariencia tiene la playa, vista desde un delantal de empleada.

LA EMPLEADA. ¿Ahora?

LA SEÑORA. Sí. Ahora.

LA EMPLEADA. Pero es que... No tengo vestido debajo.

LA SEÑORA. (TIRANDOLE EL BLUSON) Toma. Ponte esto.

LA EMPLEADA. Voy a quedar en calzones...

LA SEÑORA. Es lo suficientemente largo para cubrirte. Y, en todo caso, vas a mostrar menos que lo que mostrabas con los trajes de baño que arrendaban en Cartagena. (SE LEVANTA Y OBLIGA A LEVANTARSE A LA EMPLEADA) Ya. Métete en la carpa y cámbiate. (PRACTICAMENTE OBLIGA A LA EMPLEADA A ENTRAR A LA CARPA Y LUEGO LANZA AL INTERIOR EL BLUSON DE TOALLA. SE DI-

RIGE AL PRIMER PLANO Y LE HABLA A SU HIJO). Alvarito, métase un poco al agua. Mójese las patitas siquiera... No sea tan de rulo... ¡Eso es! ¿Ve que es rica el agüita? (SE VUELVE HACIA LA CARPA Y HABLA AL INTERIOR DE ELLA) ¿Estás lista? (ENTRA A LA CARPA. DESPUES DE UN INSTANTE, SALE LA EMPLEADA VESTIDA CON EL BLUSON DE TOALLA. SE HA PRENDIDO EL PELO Y SU ASPECTO YA DIFIERE ALGO DE LA TIMIDA MUCHACHA QUE CONOCEMOS. CON DELICADEZA SE TIENDE SOBRE LA ARENA. SALE LA SEÑORA ABOTONÁNDOSE AUN SU DELANTAL. SE VA A SENTAR DELANTE DE LA EMPLEADA, PERO SE VUELVE DE INMEDIATO).

LA SEÑORA. No. Adelante no. Una empleada, en la playa, se sienta siempre un poco más atrás que su patrona. (SE SIENTA SOBRE SUS PANTORRILLAS Y MIRA DIVERTIDA EN TODAS DIRECCIONES. LA EMPLEADA CAMBIA DE POSTURA CON DISPLISCENCIA. LA SEÑORA TOMA LA REVISTA DE LA EMPLEADA Y PRINCIPIA A LEER - LA. EN UN COMIENZO HAY UNA SONRISA IRONICA EN SUS LABIOS QUE DESAPARECE AL IRSE INTERESANDO EN LA LECTURA. LA EMPLEADA, CON NATURALIDAD, TOMA LA BOLSA DE LA PLAYA DE LA SEÑORA UN FRASCO DE ACEITE BRONCEADOR Y PRINCIPIA A EXTENDERLO CON LENTITUD POR SUS PIERNAS. LA SEÑORA LA VE. INTENTA UNA REACCION REPRCBATORIA, PERO NO ATINA A DECIR SINO...)

¿Qué haces?

(LA EMPLEADA NO CONTESTA. LA SEÑORA OPTA POR SEGUIR LA LECTURA, VIGILANDO, DE VEZ EN VEZ, CON LA VISTA, LO QUE HACE LA EMPLEADA. ESTA SE HA SENTADO AHORA, Y SE MIRA DETENIDAMENTE LAS UÑAS).

¿Por qué te miras las uñas?

LA EMPLEADA. Tengo que arreglármelas.

LA SEÑORA. Nunca antes te había visto mirarte las uñas.

LA EMPLEADA. No se me había ocurrido.

LA SEÑORA. Este delantal acalora.

LA EMPLEADA. Son los mejores y más durables.

LA SEÑORA. Lo sé. Los compré yo.

LA EMPLEADA. Le queda bien.

LA SEÑORA. (DIVERTIDA) Y tú no te ves nada de mal con esa tenida. (SE RIE). Cualquiera se equivocaría. Más de un jovencito te podría hacer la corte... ¡Sería como para contarlo!

LA EMPLEADA. Alvarito se está metiendo muy adentro. Vaya a vigilarlo.

LA SEÑORA. (SE LEVANTA RAPIDAMENTE Y SE ADELANTA) ¡Alvarito! ¡Alvarito! No se vaya tan adentro. Puede venir una ola. (RECAPACITA DE PRONTO Y SE VUELVE DESCONCERTADA HACIA LA EMPLEADA). ¿Por qué no fuiste tú?

LA EMPLEADA. ¿Adónde?

LA SEÑORA. ¿Por qué me dijiste que yo fuera a vigilar a Alvarito?

LA EMPLEADA. (CON NATURALIDAD) Usted lleva el delantal blanco.

LA SEÑORA. Te gusta el juego, ¿ah?

(UNA PELOTA DE GOMA, IMPULSADA POR UN NIÑO QUE JUEGA CERCA, HA CAIDO A LOS PIES DE LA EMPLEADA. ELLA LA MIRA Y NO HACE NINGUN MOVIMIENTO. LUEGO MIRA A LA SEÑORA. ESTA INSTINTIVAMENTE SE DIRIGE A LA PELOTA Y LA TIRA EN LA DIRECCION EN QUE VINO. LA EMPLEADA BUSCA EN LA BOLSA DE LA SEÑORA Y SE PONE SUS ANTEOJOS PARA EL SOL)

LA SEÑORA (MOLESTA). ¿Quién te ha autorizado para que uses mis anteojos?

LA EMPLEADA. ¿Cómo se ve la playa vestida con un delantal blanco?

LA SEÑORA. Es gracioso. ¿Y tú? ¿Cómo ves la playa ahora?

LA EMPLEADA. Es gracioso.

LA SEÑORA. ¿Dónde está la gracia?

LA EMPLEADA. En que no hay diferencia.

LA SEÑORA. ¿Cómo?

LA EMPLEADA. Usted con el delantal blanco es la empleada; yo con este blusón y los anteojos oscuros, soy la señora.

LA SEÑORA. ¿Cómo? ¿Cómo te atreves a decir eso?

LA EMPLEADA. ¿Se hubiera molestado en recoger la pelota si no estuviese vestida de empleada?

LA SEÑORA. Estamos jugando.

LA EMPLEADA. ¿Cuándo?

LA SEÑORA. Ahora.

LA EMPLEADA. ¿Y antes?

LA SEÑORA. ¿Antes?

LA EMPLEADA. Sí. Cuando yo estaba vestida de empleada...

LA SEÑORA. Eso no es un juego. Es la realidad.

LA EMPLEADA. ¿Por qué?

LA SEÑORA. Porque sí.

LA EMPLEADA. Un juego... un juego más largo... como el "paco-ladrón". A unos les corresponde ser "pacos"; a otros "ladrones".

LA SEÑORA. (INDIGNADA) ¡Usted se está insolentado!

LA EMPLEADA. No me grites. La insolente eres tú.

LA SEÑORA. ¿Qué significa eso? ¿Usted me está tuteando?

LA EMPLEADA. ¿Y acaso no me tratas de Usted?

LA SEÑORA. ¿Yo?

LA EMPLEADA. Sí.

LA SEÑORA. ¡Basta ya! ¡Se acabó este juego!

LA EMPLEADA. ¡A mí me gusta!

LA SEÑORA. ¡Se acabó! (SE ACERCA AMENAZADORAMENTE A LA EMPLEADA).

LA EMPLEADA (FIRME). ¡Retírese! (LA SEÑORA SE DETIENE SORPRENDIDA)

LA SEÑORA. ¿Te has vuelto loca?

LA EMPLEADA. Me he vuelto señora.

LA SEÑORA. Te puedo despedir en cualquier momento. (LA EMPLEADA EXPLOTA EN GRANDES CARCAJADAS COMO SI LO QUE HUBIERA OIDO FUERA EL CHISTE MAS GRACIOSO QUE JAMES HAYA ESCUCHADO).

LA SEÑORA. ¿De qué te ríes?

LA EMPLEADA. (SIN DEJAR DE REIR) ¡Es tan ridículo!

LA SEÑORA. ¿Qué? ¿Qué es tan ridículo?

LA EMPLEADA. Que me despida... ¡Vestida así! ¿Dónde se ha visto a una empleada despedir a su patrona?

LA SEÑORA. ¡Sácate esos anteojos! ¡Sácate el blusón! ¡Son míos!

LA EMPLEADA. ¡Vaya a ver al niño!

LA SEÑORA. Se acabó este juego, te he dicho. O me devuelves mis cosas o te las saco.

LA EMPLEADA. ¡Cuidado! No estamos solas en la playa.

LA SEÑORA. ¿Y qué hay con eso? ¿Crees que por estar vestida con uniforme blanco no van a reconocer quién es la empleada y quién la señora?

LA EMPLEADA. (SERENA) No me levante la voz. (LA SEÑORA EXASPERADA SE LANZA SOBRE LA EMPLEADA Y TRATA DE SACARLE EL BLUSON A VIVA FUERZA).

LA SEÑORA. (MIENTRAS FORCEJEA) ¡China! ¡Ya te voy a enseñar quién soy! ¿Qué te has creído? ¡Te voy a meter presa!

(Un GRUPO DE BAÑISTAS HAN ACUDIDO AL VER LA R.E.A. LO COMPONEN DOS JOVENES, UNA MUCHACHA Y UN SEÑOR DE EDAD MADURA Y DE APARIENCIA MUY DISTINGUIDA. ANTES QUE PUEDAN INTERVENIR, LA EMPLEADA YA HA DOMINADO LA SITUACION MANTENIENDO BIEN SUJETA A LA SEÑORA DE ESPALDA CONTRA LA ARENA. ESTA SIGUE GRITANDO AD LIBITUM EXPRESIONES COMO: "rota cochina", "ya te las vas a ver con mi marido"... "te voy a mandar presa"... "esto pasa por ser considerada", etc.)

UN JOVEN. ¿Qué sucede?

EL OTRO JOVEN. ¿Es un ataque?

LA JOVENCITA. Se volvió loca.

UN JOVEN. Debe ser efecto de una insolación.

EL OTRO JOVEN. ¿Podemos ayudarla?

LA EMPLEADA. Sí. Por favor. Llévensela. Hay una posta por aquí cerca...

EL OTRO JOVEN. Yo soy estudiante de medicina. Le pondré una inyección para que duerma por un buen tiempo.

LA SEÑORA. ¡Imbéciles! ¿Yo soy la patrona! Me llamo Patricia Hurtado. Mi marido es Alvaro Jiménez, el político...

LA JOVENCITA. (RIENDOSE) Cree ser la señora.

UN JOVEN. Está loca.

EL OTRO JOVEN. Sólo un ataque de histeria.

UN JOVEN. Llévemosla.

LA EMPLEADA. Yo no los acompaño... Tengo que cuidar a mi hijito. Está ahí, bañándose.

LA SEÑORA. ¡Es una mentirosa! ¿Nos cambiamos de vestido sólo por jugar! Ni siquiera tiene traje de baño... ¡Debajo del blusón está en calzones! ¡Mírenla!

EL OTRO JOVEN. (HACIENDOLE UN GESTO AL JOVEN) ¡Vamos! Tú la tomas por los pies y yo por los brazos.

LA JOVENCITA. ¡Qué risa! Dice que la señora está en calzones... (LOS DOS JOVENES TOMAN A LA SEÑORA Y SE LA LLEVAN MIENTRAS ESTA SE RESISTE Y SIGUE GRITANDO).

LA SEÑORA. ¡Suéltlenme! ¡Yo no estoy loca! ¡Es ella! ¡Llamen a alvarito! ¡El me reconocerá!

(MUTIS DE LOS DOS JOVENES LLEVANDO EN PESO A LA SEÑORA. LA EMPLEADA SE TIENDE SOBRE LA ARENA COMO SI NADA HUBIESE SUCEDIDO APRONTANDOSE PARA UN PROLONGADO BAÑO DE SOL).

EL CABALLERO DISTINGUIDO. ¿Está usted bien, señora? ¿Puedo serle útil en algo?.

LA EMPLEADA. (MIRA INSPECTIVAMENTE AL CABALLERO DISTINGUIDO Y SONRIE CON AMABILIDAD) Gracias. Estoy bien.

EL CABALLERO DISTINGUIDO. Es el símbolo de nuestros tiempos. Nadie parece darse cuenta, pero a cada rato, en cada momento sucede algo así.

LA EMPLEADA. ¿Qué?

EL CABALLERO DISTINGUIDO. La subversión del orden establecido. Los viejos quieren ser jóvenes; los jóvenes quieren ser viejos; los pobres quieren ser ricos y los ricos quieren ser pobres. Sí, señora. Asómbrase usted. También hay ricos que quieren ser pobres. Mi nuera va todas las semanas a tejer con las mujeres de poblaciones obreras... ¡Y le gusta hacerlo! (TRANSICION) ¿Hace mucho tiempo que está con usted?

LA EMPLEADA. ¿Quién?

EL CABALLERO DISTINGUIDO. Su empleada.

LA EMPLEADA. (DUDANDO. HACIENDO MEMORIA). Poco más de un año.

EL CABALLERO DISTINGUIDO. ¡Y así le paga a usted! ¡Pretendiendo hacerse pasar por una señora! ¡Como si no se reconociera a primera vista quién es quién! (TRANSISION). ¿Sabe usted por qué suceden estas cosas?

LA EMPLEADA. (MUY INTERESADA). ¿Por qué?

EL CABALLERO DISTINGUIDO. (CON AIRE MISTERIOSO). El comunismo...

LA EMPLEADA. ¡Ah!

EL CABALLERO DISTINGUIDO. (TRANQUILIZADOR) Pero no nos inquietemos. El orden está restablecido. Al final, siempre el orden se restablece. Es un hecho. Sobre eso no hay discusión. Ahora, con su permiso, señora. Voy a hacer mi footing diario. Es muy conveniente a mi edad. Para la circulación ¿sabe? Y usted quede tranquila. El sol es el mejor sedante. A sus órdenes, señora. (INICIA EL MUTIS. SE VUELVE) Y no sea muy dura con su empleada. Después de todo... Tal vez tengamos algo de culpa nosotros mismos... ¿quién puede decirlo?

(EL CABALLERO DISTINGUIDO HACE MUTIS. LA EMPLEADA SE TIENDE DE ESPALDAS PARA RECIBIR EL SOL EN LA CARA. DE PRONTO, SE ACUERDA DE ALVARITO Y SE INCORPORA. MIRA A ALVARITO CON TERNURA Y CON SUAVIDAD LE DICE)

LA EMPLEADA. Alvarito... Cuidado al sentarse en esa roca... se puede hacer una nana... Eso es, corra por la arenita... Eso es, mi hijito... mi hijito...

(Y MIENTRAS LA EMPLEADA MIRA CON DELEITE MATERNAL COMO ALVARITO JUEGA A LA ORILLA DEL MAR, SE CIERRA LENTAMENTE EL

T E L O N

LA GENTE COMO NOSOTROS

Un claro al margen del camino de Viña del Mar a Linache. Algunos troncos cortados y algunos arbustos son los únicos elementos escenográficos. Es de noche. Al abrirse el telón, la escena está vacía.

Después de un momento entran EL SEÑOR y LA SEÑORA. Ella, de aproximadamente cincuenta años, viste un abrigo de verano y lleva su bolso en la mano. Su actitud general es de fría indiferencia. EL SEÑOR viste terno oscuro y se le observa molesto por las circunstancias en que se halla.

Luego entra FREDDY, 23 años, con paso displiscente y las manos en los bolsillos. Viste con rebuscada elegancia, sus modales y gestos revelan cierta ordinariéz.

Después de FREDDY entrará CAROLA, 18 años, su actitud es de concentración en sí misma.

FREDDY. ¡Bien! Aquí podremos esperar que el chofer arregle la "pana". Venos mal que hay luna... Estos taxis colectivos son una calamidad; desde que salí de Viña me di cuenta que algo andaba mal. (MIRA SU RELOJ Y COMPRUEBA QUE ESTA DETENIDO) ¿Cué hora son? (NADIE LE CONTESTA. SE DIRIGE DIRECTAMENTE AL SEÑOR) ¿Podría decirme la hora?

EL SEÑOR. (QUIEN, JUNTO A LA SEÑORA, SE HA APARTADO DE LOS OTROS DOS) Las dos y cuarto.

FREDDY. (PONE SU RELOJ A LA HORA) No es hora para hacer pic nic. ¿Creen Uds. que esto me pasa de puro tonto? Pude haberme vuelto a Linache en un Impala de un amigo, pero no quise. El se enojó, pero yo soy porfiado. A los amigos hay que demostrarles que es uno el que manda de lo contrario se está frito. ¿No es cierto?

(NADIE LE RESPONDE. FREDDY SE ANCHINA Y PRINCIPIA A SILBAR UN RITMO BAILABLE MIENTRAS INSPECCIONA EL LUGAR. DE VEZ EN CUANDO MIRA A CAROLA COMO TRATANDO DE RECONOCERLA.)

LA SEÑORA. No me gusta ese tipo.

EL SEÑOR. No podía elegir a los demás pasajeros.

LA SEÑORA. Si nos quisieran asaltar...

EL SEÑOR. ¡Bah!

LA SEÑORA. Tú te empeñaste en ir a Viña en el auto a pesar de que sabías perfectamente de que estaba fallando.

EL SEÑOR. Hace meses que fallaba.

LA SEÑORA. Y, justamente, tuvo que pararse esta noche. Justo a la salida del Casino... Yo no quería venir.

EL SEÑOR. No vuelvas a empezar.

LA SEÑORA. ¿Yo volver a empezar? Yo no hablo. Hace tiempo que no hablo. Perdí la costumbre.

FREDDY. (A CAROLA) ¡Ya está! Ahora me acuerdo. (SE ACERCA A CAROLA Y LA INDICA MALICIOSAMENTE CON SU INDICE) En "La Ronda" ¿No es cierto? (CAROLA HACE COLO SE NO HUBIERA OIDO Y MIRA HACIA OTRO LADO) ¡No hay de qué avergonzarse!

CAROLA. ¡Yo no me avergüenzo!

FREDDY. ¿Y por qué no me contestas?

CAROLA. No tengo ganas.

FREDDY. (IMITANDO LA DESACRIDAD DE CAROLA) ¡No tengo ganas! Las infulas que te das y pensar que te he visto en pelota.

(EL SEÑOR Y LA SEÑORA MIRAN EXTRAÑADOS HACIA CAROLA)

CAROLA. ¡Media gracia!

FREDDY. ¿C no hablas con desconocidos? Si es por eso, me puedo presentar. (LE EXTIENDE LA MANO) Freddy Salamanca, a sus órdenes.

(CAROLA LE TOMA LA MANO Y VUELVE A MIRAR EN OTRA DIRECCION)

¿Y tú? ¿Cómo te llamas? Creo que ni siquiera te anunciaron.

CAROLA. Carola.

FREDDY. (RIENDO ABIERTAMENTE DE SÚBITO) Dime... ¿Te dolió mucho?

CAROLA. ¿Cuánto?

FREDDY. Cuando te quité la silla y te caíste.

CAROLA. (REACCIONANDO ENOJADA) ¿Fue Ud.?

FREDDY. ¡Eso sí que estuvo buena! (SE DIRIGE AL SEÑOR Y LA SEÑORA) Oigan, oigan esto que es bien bueno. Yo estaba con Tito en "La Ronda". Tito es mi amigo ~~el~~ del Impala, feo como el demonio, pero podrido en plata, y, de pronto, aparece en la pista, en medio del "show" nuestra amiga (INDICA A CAROLA) para hacer un strip tease. Nosotros estábamos en primera fila, justo detrás de ella, y cuando Carola se fue a sentar para bajarse los calzones yo, con el pie, quité la silla y Carola fue a dar al suelo... ¡La que se armó! ¡Fue de película! (A CAROLA) ¿Te enojaste mucho?

CAROLA. (SOLISTA) No.

FREDDY. ¿No estás enojada conmigo?

CAROLA. No.

FREDDY. Los artistas tienen que soportar todo. Se deben a su público. Después de todo, lo pasan harto bien.

CAROLA. Mejor lo pasan Uds.!

FREDDY. ¿Nosotros? ¿Y quiénes somos nosotros?

CAROLA. Ud. lo sabe bien.

FREDDY. ¿Qué quieres decir?

CAROLA. Antonio, el anunciador, me dijo quiénes eran Uds. los que me habían quitado la silla.

FREDDY. ¿Antonio? Que se calle ése que también tiene su historia.

CAROLA. Yo no sé para qué van al strip tease... si fueran hombres siquiera los que se desvistieran...

FREDDY. (PICADO) ¿Crees que no soy hombre?

CAROLA. ¡Claro que no!

FREDDY. Te podría mostrar cien señoras que te podrían decir cómo soy yo.

CAROLA. (DESPECTIVA) ¡Señoras!

FREDDY. Señoras, sí, y señoras decentes... ¿O crees tú que me voy a estar gastando con señoritas?

CAROLA. ¿Por qué no?

FREDDY. Se enamoran, se quieren casar; en cualquier momento uno les hace una guagua... ¡Y se terminó Freddy! Además... con las señoritas ni na ni na...

CAROLA. Ni na, ni na ¿qué?

FREDDY. (HACE CON LOS DEDOS COMO SI CONTARA BILLETES) ¡Money! (LO PRONUNCIA EN ESPAÑOL IGUAL COMO SE ESCRIBE) ¿O tú crees, también, que las mejores cosas de la vida son gratis? No, señor. Hay que pagarlas y a mí me pagan. No debo ser tan inservible, entonces.

CAROLA. (DESAFIANTE) ¿Los hombres también?

FREDDY. (IGUAL) También.

CAROLA. Debiera darle vergüenza siquiera.

(FREDDY LA MIRA Y SONRÍE IRONICAMENTE. ENCIENDE UN CIGARRILLO Y SE ALEJA TRATANDO DE NO MOSTRAR SU MOLESTIA. EN EL DIALOGO ANTERIOR, EL SEÑOR Y LA SEÑORA HAN PERMANECIDO INMOVILES, SIN MIRAR A FREDDY Y CAROLA, PERO OBTIVAMENTE HAN ESCUCHADO SU CONVERSACION).

LA SEÑORA. Anda a ver si el chofer arregló la pana.

EL SEÑOR. ¿No lo ves desde aquí? Todavía está metido de cabeza en el motor.

LA SEÑORA. Nunca en mi vida oí tantas indecencias juntas.

EL SEÑOR. Ni yo

LA SEÑORA. La gente como nosotros...

EL SEÑOR. Sí.

LA SEÑORA. ¿Sí, qué?

EL SEÑOR. Lo que tú dijiste: "La gente como nosotros..."

LA SEÑORA. Yo no terminé mi frase.

EL SEÑOR. De todos modos tenías razón.

LA SEÑORA. Una tiene que quedarse en pana en un camino y de noche, para enterarse de las ocurrencias que ocurren al lado nuestro.

EL SEÑOR. Otra cosa es verlo en películas o en el teatro o en los diarios.

LA SEÑORA. ¿Qué diarios?

EL SEÑOR. Esos con letras rojas que se ven en los kioscos. Yo no los leo.

LA SEÑORA. Haces bien.

EL SEÑOR. La gente como nosotros...

LA SEÑORA. Sí. Tienes razón.

FREDDY. (ACERCÁNDOSE NUEVAMENTE A CAROLA EN PLAN DE GORDIALIDAD) ¿Por qué estás enojada? ¿Te ha ido mal?

CAROLA. (DESPUES DE UNA PAUSA) Sí.

FREDDY. Tal vez yo te podría ayudar. "La Ronda" no es el único cabaret de Viña. Yo soy amigo de un señor que es dueño de dos en el puerto. Si quieres, te recomiendo.

CAROLA. Parece que no sirvo.

FREDDY. ¿No sirves? Eres joven, tienes buen cuerpo... ¿por qué no ibas a servir?

CAROLA. No sé. No les gusto. Me silban.

FREDDY. ¿Vives en Limache?

CAROLA. Cerca. Casi al llegar.

FREDDY. ¿Y qué hacías antes?

CAROLA. Nada. Mi papá es viudo. Se pierde por meses. No cosía, pero no me gusta coser. Quiero viajar, salir en las revistas, ser alguien... ¿Y qué posibilidad tenía para lograrlo? Un día fui a Viña a ver a un amigo, le conté lo que me pasaba y me llevó donde Antonio. Me contrató para el verano... me pareció que era fácil...

FREDDY. Dime... ¿No te dio vergüenza la primera vez?

CAROLA. Más vergüenza me daba cuando me veían en Limache con el vestido viejo y parchado. (MOSTRANDO SU ROPA) Esto me lo compré con el primer sueldo. Es bonito ¿No es cierto?.

FREDDY. (GUIÑÁNDOLE UN OJO) Toca esta tela. Es palm beach inglés. Cuesta como ochenta escudos el metro. (SE QUEDA UN MOMENTO PENSATIVO) Sí. Yo sé lo que es eso. Andar con los pantalones parchados y que la gente te mire y no te vea.

CAROLA. Pero a ti te va bien. Te pagan.

FREDDY. ¿Y a ti no? ¿Te empelotas acaso por bolitas de dulce?

CAROLA. Pero no les gusto, me pifian. Todas las noches me pifian. Y se ríen de mí, como lo hiciste tú cuando me quitaste la silla.

FREDDY. ¡No es para tanto!

CAROLA. ¡No es para tanto! ¿Y qué es para tanto? Tú no sabes lo que es tener que desvestirse todas las noches delante de gente que tú ni sabes quiénes son. Y, al final, agacharte a recoger tu ropita del suelo y salir a poto pelado en medio de la gente que conversa y bebe... ¡Y a nadie le importa! ¡Ni miran siquiera! Y hay esas mujeres elegantes que te observan con curiosidad, como si uno fuera un monstruo o algo así, como si ellas no estuvieran desnudas debajo de sus vestidos. ¡Tú no sabes lo que es! (ESCONDE LA CARA EN LAS MANOS POR UN MOMENTO).

FREDDY. Tú crees que allí te sucede lo peor porque no sabes nada. A ti, al menos, te humillan en tu piel. Nadie se mete dentro de ti. Te usan, sí, pero para exhibirte en una vitrina. A mí me revuelven por dentro, me sacan todo, me registran, me humillan... y me pagan.

CAROLA. Pero te quieren .

FREDDY. ¿Me quieren? ¿Quiénes?

CAROLA. Tu amigo el del Impala... las señoras ósas, las decentes.

FREDDY. ¡Las señoras decentes! Las señoras decentes no usan como un trapo viejo, mientras yo tengo que fingir que las admiro, que me gustan, que las deseo. Ellas no necesitan fingir. Ellas pagan. Y Tito sabe que él es el dueño del Impala, que es él quien me compra los ternos de ochenta escudos el metro. Y a él no le importa que un día yo tenga asco, o que esté cansado, o que sienta necesidad de aire puro, de respirar y de vivir... El es el dueño del Impala, él es el que tiene la plata. Es feo, feo como el diablo, pero tiene el Impala y tiene la plata. ¿Sabes lo que pienso hacer? Juntar yo mi platita, tener yo mi auto y después, ser yo el que pague a muchachos como yo, a los que vea con buena pinta y con los pantalones parchados o a chiquillas como tú, bonitas, pero con la falda descosida.

CAROLA. Mi papá decía algo parecido...

FREDDY. ¿Que tu papá también...?

CAROLA. ¡No! Cómo se te ocurre. Es que me acordé de cuando era chica. Mi mamá todavía vivía. Mi <sup>padre</sup> padre era un artista. Tallaba figuras en madera, un huaso bailando, una lavandera, cosas así. Lo que tallaba el papá se lo compraba un gringo para venderlo en Santiago. El gringo vivía lo más bien de lo que ganaba con el trabajo de mi papá, pero como era inteligente le pagaba poco, lo suficiente para que pudiéramos comer. Así no había ninguna posibilidad de que mi papá se fuera a Santiago a vender sus figuras en la misma parte que las vendía el gringo.

FREDDY. ¿Y eso qué tiene que ver?

CAROLA. Que mi papá quería ahorrar, tener algo de plata para poder ir a Santiago, pero no pensaba trabajar más, sino que iba a contratar a otros para que hicieran las figuras. Y también les iba a pagar poco y se iba a dar la gran vida, igual que el gringo.

FREDDY. ¿Y?

CAROLA. No le resultó. Se puso a tomar, el gringo se aburría y por ahí anda el viejo. Hasta preso ha estado...

FREDDY. No la supo hacer.

CAROLA. No. No es eso. Uno cree que puede hacerlo, pero no... Hay gente que nace para aprovechar y otros para que los aprovechen... ¡Qué daría yo por tener harta plata, sentarme en la mesa de un cabaret y hacer que todas las señoras que van a divertirse viéndome a mí, se fueran sacando la ropa una a una! ¡Esa sí que sería fiesta! Pero no, es lindo pensarlo, pero no sucederá. A muchas de ellas, sólo las han visto desnudas el marido y el doctor.

FREDDY. El marido, el doctor... ¡y Freddy!

CAROLA. No todas son como las que conoces.

FREDDY. Todas son iguales.

CAROLA. ¡Qué sabes tú!

FREDDY. Si no lo sé yo... ¿Quién?

CAROLA. Tal vez sea como tú dices, sería un consuelo para una, pero mucho más consuelo es pensar que no es así, que las hay diferentes...  
(BAJA LA VOZ) Oye... Mira esa señora... ¿crees tú...?

FREDDY. ¡Seguro!

(LA SEÑORA, QUIEN JUNTO AL SEÑOR, HAN ESTADO OYENDO EN SILENCIO, FINGIENDO NO INTERESARSE EN LA CONVERSACION DE LOS JOVENES, VUELVE LA VISTA HACIA ELLOS AL SENTIRSE ALUDIDA, EN DIGNA ACTITUD, PARA VOLVER LUEGO A SU POSICION DE FINGIDA INDIFERENCIA)

CAROLA. ¡Chito! Parece que está oyendo!

(FREDDY Y CAROLA SIGUEN HABLANDO EN VOZ BAJA)

LA SEÑORA. ¿Y tú permites?

EL SEÑOR. ¿Qué?

LA SEÑORA. Tú oíste.

EL SEÑOR. Yo no oigo.

LA SEÑORA. Oíste.

EL SEÑOR. Oí, pero no tienen por qué saber que oí.

LA SEÑORA. Me han insultado.

EL SEÑOR. Haz cuenta que no has oído.

LA SEÑORA. Pero sí.

EL SEÑOR. La gente como nosotros...

LA SEÑORA. ¿Qué hay con la gente como nosotros?

EL SEÑOR. No saben de esas cosas. Es otro mundo.

LA SEÑORA. ¿Te parece?

EL SEÑOR. ¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

LA SEÑORA. No debieras estar tan seguro.

EL SEÑOR. ¿Seguro de qué?

LA SEÑORA. De que ese hombre no me ha reconocido.

EL SEÑOR. ¿Quién? ¿Ese? Si es la primera vez que te ve.

LA SEÑORA. ¿Cómo lo sabes?

EL SEÑOR. Lo sé... ¡Y basta!

LA SEÑORA. No me habrían faltado motivos para solicitar sus... sus servicios.

EL SEÑOR. ¿Vas a empezar?

LA SEÑORA. ¿Empezar qué?

EL SEÑOR. Lo de siempre.

LA SEÑORA. ¿Te he dicho algo alguna vez?

EL SEÑOR. No.

LA SEÑORA. ¿Por qué dices "lo de siempre", entonces?  
¿Por qué? A ver... ¿Por qué?

*y mejor PEKUN*

EL SEÑOR. No es necesario que lo hayas dicho. Me bastaba tu mirada. Tu silencio.

LA SEÑORA. Tú no me has satisfecho nunca. (PAUSA) He dicho: Tú no me has satisfecho nunca.

EL SEÑOR. Ya sí.

LA SEÑORA. ¿Y qué me dices?

EL SEÑOR. No tengo nada que decir. No tengo por qué discutir asuntos íntimos a las tres de la madrugada en medio del camino.

LA SEÑORA. ¿Por qué no? Ellos lo han hecho.

EL SEÑOR. La gente como nosotros...

LA SEÑORA. La gente como nosotros no discute sus intimidades. Es de mal gusto. ¿Eso quieres decir?

EL SEÑOR. Eso.

(EL SEÑOR Y LA SEÑORA GUARDAN SILENCIO PERMANECIENDO DIGNAMENTE INMOVILES. EN LOS ULTIMOS PARLAMENTOS DE SU DISCUSION NO HAN PODIDO EVITAR ELEVAR ALGO SUS VOCES, LO QUE HA ATRAIDO LA ATENCION DE FREDDY Y CAROLA)

FREDDY. Parece que se han enojado.

CAROLA. Pero no se pelean. Son ricos. Saben comportarse. Sólo cuando se curan dicen groserías. Me gustaría ser como esa señora. Debe sentirse tan segura.

FREDDY. ¿Tú como ella?

CAROLA. Poder mirar así, sintiéndose la dueña...

FREDDY. Yo he estado en la cama con más de veinte señoras como ésa.

CAROLA. Pero estoy segura que hasta en la cama siguen siendo las dueñas.

FREDDY. Sí. Tienen plata. Pueden comprar y uno sólo sabe vender. Y el que compra siempre está en ventaja. Sabe regatear y hasta puede devolver la mercadería.

CAROLA. Eso no te debe haber pasado a ti.

FREDDY. ¡Claro que no! ¿Cómo me van a devolver?

CAROLA. Oye... si uno se comportara igual que ellos, sentiría lo mismo.

FREDDY. ¿De dónde sacaste eso?

CAROLA. ¿No has hecho la prueba con una sonrisa?

FREDDY. ¿Te está fallando...?

CAROLA. Es una cosa que me enseñó una señora viejita que estuvo de allegada en mi casa. Mira, cuando tú estás triste, lo mejor es sonreír, sonreír aunque no tengas ganas. Y resulta que uno principia a sonreír y la sonrisa se contagia por dentro y la pena se va y te sientes contenta.

Yo creo que, a lo mejor, si los imitamos a ellos, hasta podremos sentirnos iguales.

FREDDY. ¡Las cosas que se te ocurren...!

CAROLA. Hagamos la prueba. Ponte así.

(IMITAN LA POSICION ESTATUARIA DEL SEÑOR Y LA SEÑORA. FREDDY SE TIENTA DE LA RISA Y CONTAGIA A CAROLA)

CAROLA. No. Sin reírse. A ver quien aguanta más.

(SE MANTIENEN ERGUIDOS E INMOVILES EN UNA CARICATURA DEL SEÑOR Y LA SEÑORA. LA SEÑORA SE SEPARA SUBITAMENTE DE SU MARIDO Y DA UN PASO EN DIRECCION A FREDDY)

EL SEÑOR. (DETENIENDOLA) ¿Dónde vas?

LA SEÑORA. Voy a hablar con él.

EL SEÑOR. ¿Qué le vas a decir?

LA SEÑORA. Quiero anotar su número de teléfono.

EL SEÑOR. ¿Estás loca?

LA SEÑORA. ¿No has pagado tú, acaso?

EL SEÑOR. Pero...

LA SEÑORA. No es mía la culpa.

EL SEÑOR. ¿Mía?

LA SEÑORA. Sí.

EL SEÑOR. Bien. Hablemos.

LA SEÑORA. Si te cuesta tanto...

EL SEÑOR. Hablemos.

LA SEÑORA. Te escucho.

EL SEÑOR. No hablaré sólo yo. Tú también.

LA SEÑORA. Yo ya te lo dije.

EL SEÑOR ¿Y qué más?

LA SEÑORA. (DESPUES DE UNA BRVE PAUSA, ABRIENDO LENTAMENTE LA REPRESION DE TANTO TIEMPO)... día a día, noche a noche, veinte años han pasado. No, veinticinco. Veintiocho, para ser más exacta. Yo esperaba. Sabía que el matrimonio no era sólo eso. Pero sabía, también, que el matrimonio era eso. Eso principalmente. Y quedaba esperando. Tenías excusas: dolor de cabeza, cansancio, sueño. Y el tiempo pasaba. A veces, sucedía. Así como una obligación que hay que cumplir. Igual que pagar impuestos o hacer un trabajo tedioso. Pero nunca te entregaste al amor, nunca supe lo que era sentirse en los brazos de un hombre que me hacía olvidar... olvidar que era yo misma. Tú, a veces, llegabas tarde. Yo sabía donde andabas y me preguntaba qué era lo que te hacía ir a otras mujeres, qué podías aspirar de ellas, qué te daban.

(CON UN LEVE GESTO HACIA FREDDY Y CAROLA) A éstos, al menos, los pagan por ser humillados. Yo no recibí pago alguno. Lo reclamo ahora.

EL SEÑOR. No has dicho nada nuevo.

LA SEÑORA. ¿Lo sabías?

EL SEÑOR. ¿Cómo no iba a saberlo?

LA SEÑORA. ¿Por qué no me hablaste nunca, entonces?

EL SEÑOR. La gente como nosotros...

LA SEÑORA. Sí, ya sé. ¡Qué triste es ser como nosotros!

EL SEÑOR. ¿Tengo necesidad yo de decir mi parte?

LA SEÑORA. ¡Ah! ¿También tienes algo que decir?

EL SEÑOR. ¿No lo sabes?

LA SEÑORA. No.

EL SEÑOR. En eso te llevo ventaja. Al menos, yo conocía tu discurso.

LA SEÑORA. Di el tuyo, entonces.

EL SEÑOR. Un hombre necesita dar su amor, necesita que su amor sea deseado, buscado. Yo esperaba, esperaba un signo, una señal, algo que me dijera que me estabas esperando. Pero ahí estabas tú, reclamando un derecho, con tu camiseta, tu pelo en desorden, tu vientre impudicamente inflado. Ningún gesto. Nada. Tenías marido y él debía cumplir con su deber. Y yo llegaba hasta ti con la frustración de sentirse una presa y no un hombre; un funcionario y no un amante.

Y yo cumplía. Tarde y mal, pero cumplía. Pero nunca me deceaste. ¡Tú no sabes lo que es sentir que no se tiene necesidad de uno!

LA SEÑORA. (LENTAMENTE DESPUES DE UNA PAUSA) ¿Era necesario que se nos echara a perder el auto y que tuviéramos que tomar este taxi colectivo y que el taxi quedara en pana y que esta gente dijera lo que dijeron de nosotros, después de veintiocho años, para que habláramos de estas cosas?

EL SEÑOR. Era necesario.

LA SEÑORA. Hemos perdido nuestras vidas.

EL SEÑOR. Tugal, tugal... salir a buscar.

LA SEÑORA. Muy tarde ya.

(FREDDY Y CAROLA, CANSADOS DE SU POSICION, PRORRUMPEN EN RISAS)

FREDDY. ¿Sabes?

CAROLA. ¿Qué?

FREDDY. Tú me gustas. Tienes lo mismo que yo, lo que yo tengo muy adentro.

CAROLA. Yo no soy siempre así.

FREDDY. Yo tampoco.

CAROLA. Me hubiera gustado conocerte cuando tenías los pantalones parchados.

FREDDY. Y yo a ti, con el vestido descosido.

CAROLA. (TOCANDO EL PALMBEACH DE FREDDY) Ochenta escudos el metro.

FREDDY. (TOCANDO EL VESTIDO DE CAROLA) Lo pagaste con tu primer sueldo por bailar desnuda.

CAROLA. Es tarde ya.

FREDDY. Sí. Muy tarde.

CAROLA. ¿Qué podemos hacer?

FREDDY. Seguir, seguir igual.

(AMBOS QUEDAN PENSATIVOS, EN SILENCIO)

EL SEÑOR. ¿Qué podemos hacer?

LA SEÑORA. Seguir, seguir igual.

~~(AMBOS QUEDAN PENSATIVOS, EN SILENCIO)~~

(AHORA SON LOS CUATRO QUE PERMANECEN PENSATIVOS)

CHOFER. (FUERA) ¡Eh, vengan, ya está listo el auto!

(NINGUNO PARECE OIRLO, NADIE SE MUEVE DE INMEDIATO. EL SEÑOR SE VUELVE Y CABIZBAJO HACE MUTIS Y LUEGO, IGUAL, LO HACEN LA SEÑORA Y DESPUES DE ELLA, CAROLA. FREDDY QUEDA UN INSTANTE SOLO, SE VUELVE PARA INICIAR EL MUTIS Y DESAPARECE MIENTRAS SILBA UNA TRISTE MELODIA).

T E L O N

L A S E X I L A D A S

Escenario vacío. Al fondo panorámica.

Después de un instante entra Hortensia, en silla de ruedas, empujada por su chofer, Victor. Más atrás, los sigue desganadamente, Emilia. Hortensia tiene sobre sesenta años. Viste ropa clara anticuada. Su rostro está surcado de arrugas a pesar de la gargantilla de terciopelo negro que usa para estirar su tez. Usa audífono. Victor es un hombre de su misma edad, con un estereotipado y desvaído aspecto de servil dignidad. Usa un anticuado uniforme, mezcla de viejo cochero y de chofer. Emilia tiene cuarenta años, es más bien gruesa, de facciones toscas, de aspecto tenso y hastiado. En ella, especialmente, debe advertirse que este paseo matinal es parte de una rutina fastidiosa.

HORTENSIA. Aquí, Victor. Aquí. Ya estamos lo suficientemente lejos. Todos los días son veinte metros más lejos. Retrocedemos, Victor, Retrocede - mos. Cada día ellos se adueñan de una franja más de la playa. El viaje es cada día más largo, pero ahora tenemos auto y no el antiguo coche... "Eh, Victor? ¿Te acuerdas cuando llegaste a la casa para servir de co- chero? (PARA SI EN VOZ DEBIL) Pasa el tiempo, pasa el tiempo... (SE DI- RIGE DE NUEVO A VICTOR SIN MIRARLO) Ahora eres chofer y empleado parti- cular... ¡No había empleados particulares en aquel tiempo! ¿Eh? Y esta- bas mejor. ¿No es cierto? ¡Las leyes sociales! Recuerdo que mi sobrino León que era muy astuto y muy dado a la política, decía... (SE RIE Y RECUERDA. LUEGO AGREGA EVOCATIVA) ¡Era muy ingenioso León... ¡Murió! (PAUSA) Ya puedes volver al auto, Victor. Vuelve en una hora más.

(VICTOR SE VA. HORTENSIA MIRA A EMILIA QUE SE HA MANTENIDO DE PIE, INMOVIL E INDIFERENTE).

¿Y tú? ¿Qué haces? ¿Estás esperando que se vaya Victor para tomar tu ba- ño de sol? No puedo comprender cuál es el placer de permanecer tendida una hora sobre la arena, desnuda, recibiendo sol. En mis tiempos...

(EMILIA SE SACA EL VESTIDO Y QUEDA EN TRAJE DE BAÑO, UN TRAJE ANTICUA- DO, DE BUSTO PLANO Y LARGO POLLERON. SE TIENDE DE BRUCES).

En mis tiempos, las señoritas iban a la playa, no a tomar el sol, no a bañarse. Claro que a veces lo hacíamos, pero recatadamente. Lo im- portante era conversar, hacer vida social. Todos nos conocíamos. Sa- bíamos quiénes éramos. La playa era nuestra. Fue en la playa donde co- nocí a tu padre. Y conversamos, conversamos largamente hasta que nos enamoramos... Pero, ahora... ¿Quién conversa? Sólo dan chillidos en el agua o se tienden como tú, impudicamente, a recibir sol. No entien- do, no puedo entender...

(DE PRONTO HORTENSIA HUELE ALGO. SACA UN PAÑUELO MIENTRAS HUSMEA OS- TENSIBLEMENTE).

¿Hueles? ¡Pescado podrido! ¡Aquí nos han tirado! ¡A un botadero de pes- cados podridos! ¡A esto han llegado! ¡Y me lo hacen a mí! ¡A mí!

Me acuerdo cuando principiaron a llegar. Tú no habías nacido. Llegaban en tren en las mañanas de los Domingos y se iban por la tarde. Primero ocuparon una parte distante de la playa. Nosotros los dejábamos estar. ¡Nos daban risa! Eran tan pintorescos. Nos reíamos a costa de ellos, sus trajes, sus modales, la forma como trataban de imitarnos sin conseguirlo. Pero cada Domingo, llegaban diez más... Yo creo que lo hacían con toda intención. Despacito, despacito, se iban acercando más a nosotros. Cuando fueron muchos, decidimos quedarnos en nuestras casas los Domingos. ¡No! No vayas a creer tú que nos púsimos de acuerdo o que hicimos una... una... ¿Cómo se llama eso, ahora?... una... ¡una asamblea! No, nada de eso. Cada uno lo decidió separadamente. Eramos buenos cristianos, esa gente tenía derecho a divertirse por lo menos un día a la semana. Y nosotros debíamos sacrificar el Domingo por ellos. Eso fue lo que me dijo tu padre, al menos! Pero yo creo que se equivocó! Había otros sitios donde podían ir. Viña era de nosotros. ¡De nosotros! (DIRIGIENDOSE A EMILIA) ¿O no, dices tú? ¡Emilia! ¡Contesta!... Emilia, sé que no estás dormida, sé que me estás oyendo... Contesta... ¿De quién es Viña?

EMILIA. (SIN MOVERSE. COMO UN CANSADO ECO). De nosotros.

HORTENSIA. ¿De nosotros? ¿Y por qué si es de nosotros nos han expulsado a este sitio que es un pudridero de pescados? ¿Por qué? ¿Quién lo permitió? ¿Quién?

Yo antes, cuando tu padre vivía, me levantaba de mi cama y veía el mar desde mi ventana. Y, de pronto, principié a ver moles de cemento agujereadas y me empujaba para un lado y para otro tratando de ver el mar, hasta que un día no hubo ya más mar. Sólo ventanas, ventanas de conventillos que se elevaban hasta el cielo, cientos de conventillos, miles de ventanas que se iluminaban en las noches y ahí estabanellos: gentes, gentes que nadie conocía, que miraban, que reían, que jugaban (BAJANDO LA VOZ) que hacían el amor... ¿Te he contado alguna vez lo que vi una vez por la ventana? ¡Y pensar que tú pudiste verlo!

(EMILIA PRINCIPIA A HACER EJERCICIOS GIMNASTICOS. PRIMERO SUAVEMENTE, PARA IR AUMENTANDO EN RITMO Y ENERGIA GRADUALMENTE)

¡Los culpables son los extranjeros! No debieron dejarlos entrar nunca al país. Turcos, judíos, alemanes, yugoeslavos, yankees... ¡Hasta húngaros! ¡Gitanos! Antes sólo había ingleses. Ellos eran los únicos extranjeros, los únicos que uno veía, al menos... ¡Y eran tan finos! Eran rubios, distinguidos, súbditos del rey: jugaban tennis y hablaban inglés. El inglés de antes, no el de ahora...

¿Te he hablado alguna vez de Mr. Wotherspool?... ¡Mr. Wotherspool! Lo que sucede es que se ha perdido el orgullo. Han dejado que nos invadan. ¡Pero yo no renuncio! ¡No me mezclaré! Moriré como he nacido. (RECAPACITANDO CON SUBITO PAVOR, A MEDIA VOZ) Moriré. Tengo que morirme. Todos se mueren. (VOLVIENDO A ADQUIRIR SEGURIDAD) Llegaré al cielo y le diré a San Pedro. Aquí vengo yo. He sido una buena cristiana, he cumplido con los mandamientos, tengo todos los sacramentos, vengo a tomar el lugar que me corresponde en el cielo. Allí, en la tierra, me arrinconaban, me lanzaban a los pudrideros de pescados, pero acá, acá reclamo mis derechos. Y San Pedro me dirá: Pase, Mimiá Hortensia, venga, venga a sentarse a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, aquí encontrará su lugar, son todos amigos suyos, vea, vea quién está aquí, su señor esposo y sus antiguos vecinos, don Ramón, don Estanislao, la Sra. Matilde y la Señorita Eulalia que murió virgen... Ahí los quiero ver a esos extranjeros, a esos medios pelos, a esos rotos! ¡Ahí los quiero ver! ¡En el cielo!

(QUEDA UN MOMENTO PENSANDO EN SU VENGANZA, SONRIENTE Y FELIZ. DE PRONTO, UN INQUIETANTE PENSAMIENTO ENCURBIA SU EXPRESION)

Emilia... ¡Emilia! ¿Te has fijado? ¿Cuándo vamos a misa? ¿En las mañanas cuando comulgamos? Ellos también van a misa... También rezan, también comulgan... ¡Quieren embaucar a Dios, Emilia! Quieren invadir el cielo, como lo hicieron con Vifia. Llegarán primero humildes y, después, lentamente se irán apoderando de todo y nos expulsarán de la diestra de Dios Padre Todopoderoso. ¡Emilia! ¡Hay que avisar al señor cura! Que no les permita entrar a la iglesia, que no les dé los sacramentos, que les impida invadir el cielo. ¡Escúchame, Emilia! He dicho algo nuevo, algo importante, diferente de lo que digo todas las mañanas. ¡Escúchame!

(EMILIA CONTINUA HACIENDO ENERGICAMENTE EJERCICIOS DE GIMNASIA)

HORTENSIA. ¡Basta! ¡Basta! (LANZA CONTRA ELLA SU BASTON. EMILIA SE DETIENE Y MIRA A SU MADRE). ¿Para qué haces ejercicios todas las mañanas?

EMILIA. ¿Quieres saber?

HORTENSIA. No. No quiero saber. Quiero que me oigas. Tengo miedo. Hay que avisar al señor cura...

EMILIA (INTERRUMPIENDO) ¿Quieres saber por qué hago ejercicios todas las mañanas?

HORTENSIA. ¡No! Quiero que me escuches. Hay una confabulación, otra confabulación contra nosotras. Se trata...

EMILIA. (INTERRUMPIENDO NUEVAMENTE) ¿Así que quieres saber por qué hago ejercicios todas las mañanas?

HORTENSIA. No me importa. Quiero que me escuches.

EMILIA. Te voy a decir por qué hago ejercicios todas las mañanas.

HORTENSIA. No te voy a oír. Tú no me escuchas, yo tampoco te escucho.

EMILIA. Me has preguntado. Por primera vez, en años, me has preguntado.

HORTENSIA. ¡Escucha tú! ¡Soy tu madre!

EMILIA. Tengo cuarenta años.

HORTENSIA. Eres una vieja. Tienes cuarenta y cuarenta y cuarenta y cuarenta.

EMILIA. Sí. Cada minuto lo vivo cinco veces. Porque cada minuto lo dedico a una sola cosa: a esperar.

HORTENSIA. No quiero saber qué es lo que esperas. Te decía que ellos están tratando de embaucar a Dios, de desterrarnos del cielo, igual que...

EMILIA. (IMPLACABLE) Espero que te mueras.

HORTENSIA. ¡No oigo! (SE SACA EL AUDIFONO) Sin el audifono no puedo oír. Lo sabes perfectamente.

EMILIA. No me importa tu audifono. No me importa que no oigas. Me has preguntado. Por primera vez me has preguntado. Me enseñaste de niña que hay que responder a los mayores. Te contestaré, te contestaré.

HORTENSIA. No oiga nada, no oigo nada. Lará, lará lala lará... (TARAREA FEBRILMENTE UNA CANCION PARA DEMOSTRAR QUE NO OYE Y ESTE TARAREO CONTINUARA HASTA EXTINGUIRSE LENTAMENTE DURANTE EL PROXIMO PARLANENTO)

EMILIA. Espero que te mueras. Espero que tú mueras para poder vivir yo. Sé que no soy capaz de escapar de ti, me educaste para que fuera un animalito sumiso y lo soy. Pero todo será diferente cuando tú mueras.

EMILIA. Debo conservarme joven. Tengo que ser perseverante. Ejercicio todos los días, todos los días, para mantener el cuerpo joven. Entonces, cuando tú te mueras, seré un pichoncito nuevo y dejaré que los hombres metan sus dedos por mi corpino. Y lo encontrarán aún firme. Tengo que prepararme para cuando tú te mueras. Para eso hago ejercicio, para eso leo.

Sucedan cosas impresionantes en el mundo, allá, donde están ellos. Nadie me despreciará por juntarme a los otros. Cuando tú te mueras voy a empezar a vivir. ¡A vivir!

(FUERA DE ESCENA SE OYE EL MOVIDO RITMO DE UNA CANCIÓN DE MODA PROVENIENTE DE UNA RADIO PORTÁTIL. EMILIA OYE Y MIRA HACIA DONDE VIENE LA MÚSICA EN TEMEROSA TENSION)

RODOLFO. (FUERA) ¡Qué está hediondo por este lado!

CARLOS. (FUERA) Creo que por aquí es donde los pescadores botan los pescados que no pueden vender.

RODOLFO. (FUERA) ¡Donde se te ocurrió venir a mariscar!

EMILIA. (BUSCANDO REFUGIO EN SU MADRE) ¡Mamá! ¡Mamá! Ahí vienen. Son ellos. Los veraneantes. Tenemos que irnos de aquí..., rápido. ¡Mamá! (ADVIERTE QUE HORTENSIA ESTA DORMIDA) ¡No te duermas ahora! ¡No me dejes sola!

(MIRA DESESPERADA HACIA TODOS LADOS BUSCANDO UN REFUGIO PARA EL PELIGRO QUE SE AVECINA. OPTA POR ACOSTARSE SOBRE LA ARENA CON EL ROSTRO ESCONDIDO, FINGIENDO DORMIR. ENTRAN RODOLFO Y CARLOS, VISTEN TRAJES DE PLAYA? UNO TRAJE DE BAÑO, EL OTRO BLUEJEAN, ES RODOLFO QUIEN LLEVA EL RADIO PORTÁTIL)

RODOLFO. Por aquí no vamos a encontrar nada.

CARLOS. (REPARANDO EN HORTENSIA) ¡Mira! ¡Una vieja!

RODOLFO. (APAGANDO EL RADIO) ¿Dónde?

CARLOS. (MOSTRANDO A HORTENSIA) ¡Ahí!

RODOLFO. ¡Bah! Una vieja vieja.

CARLOS. ¿Y qué querías?

RODOLFO. Yo creía que era una vieja pescado:...

CARLOS (ACERCÁNDOSE A HORTENSIA). Y en silla de ruedas.

RODOLFO. (HACIENDO LO PROPIO) Está dormida.

CARLOS. Y es sorda.

RODOLFO. ¿Cómo lo sabes?

CARLOS. (TOMANDO EL AUDIFONO DE HORTENSIA Y MOSTRÁNDOSELO A RODOLFO) Tiene micrófono.

RODOLFO. (TOMANDO EL AUDIFONO Y HABLANDO POR EL) Aló, aló... probando, probando...

CARLOS. ¡No seas bruto!

RODOLFO. (REPARANDO EN EMILIA Y GOLPEANDO CON SU CODO A CARLOS PARA LLAMARLE LA ATENCION) Mira...

CARLOS. Otra vieja.

RODOLFO. ¡Y en traje de baño!

CARLOS. (PASEANDOSE EN FORMA INSPECTIVA ALREDEDOR DE EMILIA) Y no está tan mal que digamos...

RODOLFO. ¿Será sorda?

CARLOS. No se le ve micrófono.

RODOLFO. Probemos. (SE SIENTA AL LADO DE EMILIA). Señora... (ESPERA REACCIÓN Y COMO NO LA HAY HACE UN GESTO A CARLOS SIGNIFICANDO QUE ES SORDA).

CARLOS. A lo mejor no es señora...

RODOLFO. Señorita... (A CARLOS) Tampoco es señorita.

CARLOS. Quién te dice que no es una sirena.

RODOLFO. Sirena encantada podrá ser porque de lo contrario...

CARLOS. ¡Eso! Una sirena encantada por un mago maléfico que la ha sumido en un sueño eterno en espera que llegue un príncipe que pronuncie las palabras mágicas que le devolverán su hermosura y juventud.

RODOLFO. Yo soy el príncipe que la despertará. (SE ARRODILLA JUNTO A EMILIA Y HABLA CON FINGIDA GRANDILOCUENCIA). Princesa, princesa mía, despierta de tu sueño legendario. El momento ha llegado, princesa. No te traigo riquezas, te traigo amor. El mundo está despierto. Hay sol. Sol que hace vivir a las plantas. Hay luna. Luna que hace soñar a los enamorados. No puedes seguir viviendo ajena al sol y a la luna. Es como despreciar a Dios que nos los ha dado. Despierta, despierta...

(EMILIA SE INCORPORA LENTAMENTE Y MIRA CON DULZURA A RODOLFO)

CARLOS. ¡Mierda!

EMILIA. Perdón, estaba durmiendo.

RODOLFO. Disculpe, señora. No quise despertarla...

EMILIA. Señorita.

RODOLFO. Disculpe, señorita...

EMILIA. (INDICANDO A HORTENSIA). Mi mamá.

(RODOLFO SE VUELVE HACIA HORTENSIA Y VIENDO QUE AUN DUERME LE HACE UNA VENIA. EMILIA MIRA A CARLOS ESPERANDO UNA PRESENTACION FORMAL)

RODOLFO. Carlos, un amigo. (EMILIA Y CARLOS SE HACEN UNA CORTES VENIA. EMILIA SE VUELVE A RODOLFO).

EMILIA. Continúe.

RODOLFO. ¿Continúo qué?

EMILIA. Usted me estaba hablando... (RODOLFO LA MIRA EXTRAÑADO) Del sol, la luna...

RODOLFO. ¡Ah! ¿Alcanzó a oír? Era una broma, señora... digo, señorita. (UNA PAUSA EMBARAZOSA).

EMILIA. Me tiene que excusar. No tengo costumbre de conversar con desconocidos... (RECTIFICÁNDOSE RAPIDAMENTE) No, no quise decir eso, no se ofenda. Usted no es un desconocido. Le he presentado a mi madre y Ud. a su amigo. Yo me llamo Emilia.

RODOLFO. Mi nombre es Rodolfo.

EMILIA. ¿Rodolfo? ¿Igual que el artista?

RODOLFO. ¿Qué artista?

EMILIA. No sé bien. Mi madre me ha hablado de un artista que se llama Rodolfo. Todas las mujeres se vuelven locas por él. Hasta se desmayan en los biógrafos.

RODOLFO. Yo voy al teatro y no lo conozco.

EMILIA. Al teatro no, al biógrafo. Las fotografías ésas que se mueven...

RODOLFO. ¿El cine?

EMILIA. Es imposible que no lo conozca. Es famoso. El apellido es Valen... No, no es Valenzuela... ¡Valentino! Eso es...

RODOLFO. ¿Rodolfo Valentino? Pero ese murió hace mucho tiempo.

EMILIA. ¿Murió? Lo siento. Lo siento mucho. ¿No le parece que la muerte es terrible, Rodolfo? Yo no quiero morir, no quiero morir todavía. Casi no he nacido aún...

CARLOS. Rodolfo... ¡vamos! (RODOLFO SE VUELVE HACIA CARLOS Y LE HACE UN GESTO INDICÁNDOLE QUE EMILIA ESTÁ MEDIO LOCA Y QUE QUIERE DIVERTIRSE).

EMILIA. Deseo tan intensamente vivir. Espero día a día el momento de empezar a vivir. ¿Ud. vive, no es cierto?

RODOLFO. Sí... vivo.

EMILIA. ¿Y qué hace? ¡Cuénteme!

RODOLFO. Trabajo... Trabajo en la Grace... y veraneo... igual que Ud.

EMILIA. (CON AIRE DE SUPERIORIDAD) No. Yo no veraneo. Yo vivo en Viña. Nací en Viña! (CARLOS SE HA ALEJADO PARA IRSE Y MIRA INQUIETO HACIA RODOLFO).

CARLOS. Rodolfo... ¡Yo me voy!

Rodolfo. (LEVANTÁNDOSE) Con permiso... mi amigo me llama. (EMILIA EN ADEMAN SUBITO Y ANGUSTIADO ESTIRA SU BRAZO PARA DETENERLO).

EMILIA. ¡No! ¡No se vaya! (RODOLFO LA MIRA ATONITO).

EMILIA. (SUPLICANTE). ¡Quédese!

(CARLOS HACE UN GESTO LE FASTIDIO Y SE VA. RODOLFO RESIGNADO. VUELVE A SENTARSE AL LADO DE EMILIA).

EMILIA. ¿Usted conversa?

RODOLFO. ¿Cómo?

EMILIA. Si conversa. A mí me gusta tanto conversar. Siempre converso, pero no con personas.

RODOLFO. ¿Con quién, entonces?

EMILIA. Imagino... Imagino que converso. Ayer imaginé algo nuevo. Estaba en un hotel, en el restaurant de un lujoso hotel. ¿Sabe con quién? ¡Con un pretendiente! Bebíamos champagne. ¿Le gusta el champagne?

RODOLFO. No sé. Sólo la toma en los matrimonios y en el año nuevo.

EMILIA. ¿Y qué bebe usted en un restaurant de lujo?

RODOLFO. Gin con Gin.

EMILIA. ¿Qué es eso?

RODOLFO. Gin con... Gin.

EMILIA. ¡Ah! No lo había leído nunca. En las novelas siempre toman champagne. No voy a matrimonios ni años nuevos.

RODOLFO. (INQUIETO) Carlos, mi amigo, me debe estar esperando.

EMILIA. ¡No se vaya! No puede irse.

RODOLFO. ¿Por qué no puedo irme?

EMILIA. Usted es el único hombre que me conoce. ¡Victor no es un hombre! Es un chofer. Usted sabe cosas íntimas de mí. Cosas que nadie sabe.

RODOLFO. ¿Qué cosas?

EMILIA. Que imagino que converso... con pretendientes. Ni mi madre lo sabe. A ella le parecería mal. Ella no quiere mezclarse. Y yo quiero mezclarme, Rodolfo. Aprovechemos mientras ella duerme.

RODOLFO. (MALICIOSO) ¿Así que quiere mezclarse?

EMILIA. Sí. No sé cómo se hace. Tengo poco tiempo. Ella aún no se ha muerto. Duerme solamente.

RODOLFO. Bien... (PONE SU MANO EN LA RODILLA DE EMILIA. ELLA REACCIONA DE INMEDIATO APARTÁNDOSE EN ACTITUD DE REPULSION Y DE TEMOR).

RODOLFO. ¿No quería mezclarse? (EMILIA SE RECUPERA CON ESFUERZO Y SE ACERCA LENTAMENTE A RODOLFO, LE TOMA LA MANO Y LA COLOCA SOBRE SU RODILLA. CIERRA LOS OJOS).

EMILIA. Es difícil acostumbrarse.

RODOLFO. Solamente le he tomado la rodilla.

EMILIA. ¡Alle... deje sentir... sentirlo bien. Quiero poder recordarlo.

(UN MOMENTO DE SILENCIO EN EL QUE RODOLFO MIRA A EMILIA ENTRE DIVERTIDO Y TEMEROSO. ENTRA CARLOS QUE TRAE UN PESCADO MUERTO, TOMADO DE LA COLA, CON GESTO DE REPULSION. LE HACE SEÑAS A RODOLFO).

EMILIA. (CON LOS OJOS AUN CERRADOS) Rodolfo... bésame...

RODOLFO. ¿En la boca?

EMILIA. En la boca.

(CARLOS SE ACERCA A RODOLFO Y LE PASA EL PESCADO. RODOLFO PONE LA BOCA DEL PESCADO EN LA BOCA DE EMILIA? PRIMERO SUAVEMENTE Y LUEGO LO REFRIEGA. EMILIA SE CONVULSIONA SENSUALMENTE. AL VERLA, CARLOS Y RODOLFO PRORUMPEN EN CARCAJADAS Y HACEN MUTIS RIENDO. EMILIA, DESCONCERTADA, ABRE LOS OJOS AUN SIN COMPRENDER. VE EL PESCADO Y LO OBSERVA UN INSTANTE? PARA REACCIONAR VIOLENTAMENTE BOTÁNDOLO CON ASCO. SE LEVANTA Y SE DIRIGE HACIA HORTENSIA. SE SIENTA A LOS PIES DE ELLA).

EMILIA. Vamos, mamá. Vamos. Tenemos que irnos. Alejarnos más aún. También este pedazo de playa lo han invadido ellos. Más allá estaremos solas. Quiero que me cuentes cómo era antes Viña. Nunca te he oído cuando me hablabas de Mr. Wotherspool y, ahora, quiero oírte. No voy a hacer más gimnasia, mamá. Es inútil, ¿sabes?. No se puede principiar a vivir de repente. Hay que principiar poco a poco. Y tú no has querido que yo lo haga, mamá, porque tú quieres a tu niña, no quieres que ella sufra. Ahora comprendo. Somos diferentes. No debemos mezclarnos. No podemos hacerlo. Escúchame, mamá. ¡Despierta! (LA REMECE SUAVEMENTE. LA MANO DE HORTENSIA CAE Y SE BALANCEA SIN VIDA. EMILIA LA MIRA EXTRAÑADA. DETIENE LA MANO Y LUEGO LA HACE BALANCEARSE). ¿Te fuiste ya? ¿Terminó tu espera? ¿Estás sentada a la diestra de Dios Padre Todopoderoso? ¿Encontraste, al fin, tu lugar? ¿Dejaste de ser una exilada? (SE LEVANTA Y LA MIRA FRIAMENTE). Yo también esperaré, mamá. Igual que tú. En la silla. (ENTRA VICTOR).

VICTOR. Las doce, señorita Emilia. Hora del regreso.

EMILIA. (INDICANDO A HORTENSIA) Está muerta, (VICTOR IMPERTURBABLE SE SACA LA GORRA). Tómala. (VICTOR TOMA EN BRAZOS A HORTENSIA).

EMILIA. (INDICANDO EL LUGAR POR DONDE SE FUE RODOLFO) ¡Allá! ¡Allá está el botadero de pescados podridos!

(VICTOR SALE EN ESA DIRECCION, CARGANDO EL CADAVER DE HORTENSIA. EMILIA SOLA, RECOGE EL PESCADO CON GRAN DELICADEZA Y, LUEGO, SE SIENTA EN LA SILLA ADOPTANDO LA MISMA POSTURA DE HORTENSIA. LEVANTA EL PESCADO HASTA PONERLO MUY CERCA DE SU CARA)

EMILIA. Así es... como yo sé que es... un beso.

(Y CON TRISTE TERNURA, BESA EL PESCADO PARA, LUEGO, CUAL SI FUERA UN NIÑO, APRISIONARLO CONTRA SU PECHO).

TELON